

áncora

VICTOR HUGO FERNANDEZ

Difícil es olvidar a Marco Lemaire, sentado sobre el escenario, solitario y loco, jugando con un muñeco preñado de ilusiones. Nostálgico a ratos, abstraído durante todo el ballet, de pronto explotaba y luego recorría el escenario en movimientos vertiginosos que mostraban una fuerza interior desbordante. Así era su *Simón el Loco*, coreografía de Mireya Barboza que pareciera haber sido creada hace más de una década especialmente para su temperamento, sus recursos técnicos y sus cualidades interpretativas. No recuerdo ninguna versión posterior de este ballet en la que el intérprete haya alcanzado tal nivel de compenetración con su personaje.

Era un individuo entregado a su profesión. Desde muy joven siempre le gustó la danza. Era su vida. Bailaba por instinto, era su forma de hablar con el mundo y su medio de acercarse a los demás desde el solitario y distante universo del hechizo escénico.

Ahora se ha marchado de este mundo, luego de bailar una danza solitaria con la muerte. Y digo solitaria porque aún cuando existe convicción de que fue ultimado, Marco hacía tiempo que se venía despidiendo de este mundo. Encerrado en un universo propio, ajeno a las manos que se tendían a su paso para sostenerlo e impulsarlo, Lemaire buscaba dentro de sí la respuesta a una pregunta que quizás no entendía claramente. Era demasiado intenso por dentro, poseía demasiada energía y ésta sin duda con frecuencia lo quemaba y lo hacía rabiar, lanzándolo solitario, como "Simón el Loco", a través de la vida en busca de una paz que quizás ahora finalmente alcanzó. El había caminado hacia ese precipicio y asumió el riesgo de ejecutar una coreografía macabra, que sólo él sabe cuánto le costó ejecutar, aunque nosotros, su público, hoy lo lloramos. Este es el precio que nos hizo pagar.

Era el mejor

Querido por todos, respetado por muchos, los anales de la danza contemporánea costarricense no registran una trayectoria escénica tan brillante, tan promisoriosa, tan halagadora, tan convincente como la suya. El vacío que había dejado en la Compañía Nacional de Danza, desde hacía muchos meses, no había podido ser llenado por nadie. Y es que era un muchacho fuera de serie, un elegido, un fauno —como en su inolvidable *Carmina Burana*— que midió la vida en intensidad y nunca en duración.

Fuerte en su carácter, temperamental, sus salidas a escena eran su verdadero deleite. En sus mejores años de dominio técnico y proyección escénica, Lemaire hizo cosas maravillosas por el arte que escogió. Pero más que eso, su papel en la danza costarricense fue de pionero. Mucho de lo que es hoy este movimiento en nuestro medio se le debe



Marco Lemaire era considerado por muchas de sus compañeras escénicas como el compañero ideal, inspirador de confianza, un gran estímulo para una buena interpretación

Bailar con la muerte

a Marco. El demostró que en Costa Rica se podía hacer danza y con calidad; abrió el camino para los que venían detrás, fue eje inspirador para muchas personas que vieron en su vocación y en su talento una posibilidad de realización personal. Basta con preguntar a sus colegas cercanos, a sus discípulos, a su maestra y mentora de toda una vida, Mireya Barboza, para concluir que él fue una razón de ser de la danza, que fue, de alguna forma, el espíritu mismo de la danza: libre, independiente, explosivo, grande en su volumen e incluso efímero.

De la plaza al escenario

Oriundo del barrio La Dolorosa, lo recuerdo viajar al colegio durante

una adolescencia que aunque relativamente reciente ya empieza a alejarse cada vez más en el tiempo. Alguna vez lo ví "mejenguear" en la plazuela que está frente a la iglesia de ese barrio, aunque nunca lo ví terminar un juego. Se marchaba sonriendo, siempre sonreía, para perderse luego entre las calles de San José, donde descubrió poco a poco su pasión por el baile.

Se le veía en los conciertos dominicales de rock que en nuestra época se efectuaban en el cine Capri con bandas como "Los Vikingos" y "Organized Confussion". Allí se subía al escenario a bailar y la gente ya se fijaba en él, atraída quizás por su espontaneísmo y su rica proyección rítmica.

Después fueron los programas musicales bailables de la televisión —

el canal 4 ó 9, no me acuerdo bien— que dirigía Alvaro Sanabria, con bandas como los Thunder Boys. Para ese entonces ya me fijaba en él, pues me atraía su forma extrovertida de ser, siempre bailando.

Después le perdí el rastro, para encontrarle nuevamente, a principios de la década de los setenta, metido de lleno en la danza.

Danza 72 fue el primer contacto, aunque mi verdadera admiración por él se definió cuando lo observé en *Carmina Burana* y luego, en el teatro del Ángel, en el espectáculo *Cruz del Sur*. Allí me maravilló verlo estrenar el primer solo de *Aproximaciones*, coreografía de Cristina Gígirey, el de la silla. Mostró balance, equilibrio, control, dominio escénico para luego explotar en un lirismo particular durante el segun-

do segmento de esa rutina. Creo que es el único bailarín que ha interpretado ese papel, las demás han sido versiones femeninas.

A partir de este punto, la carrera de Marco fue un ascenso vertiginoso. Tanto obras de Elena Gutiérrez como de la Gígirey y muy especialmente de Mireya Barboza, lo llevaron por un sendero de éxito que le deparó un público que le seguía y aplaudía en toda oportunidad.

Esa gran mecenas de la danza nacional que es Graciela Moreno vió en él al bailarín de Costa Rica por excelencia y lo ayudó y estimuló para que ampliara sus fronteras. Viaja entonces a Estados Unidos donde estudia y baila durante poco más de un año. Su nostalgia de Costa Rica lo hace regresar al terruño y rechaza —dicen— ofertas para bailar en Venezuela, pues prefiere quedarse entre nosotros para integrar posteriormente el primer elenco de la Compañía Nacional de Danza (CND). Antes está el antecedente de su trabajo con el Ballet Moderno de Cámara, que dirigía Elena Gutiérrez y que sirvió de base para la integración de la CND. Gana premios como mejor bailarín nacional, se le otorga el grado de bailarín solista, crece... Pero esta no es una biografía de Marco, ni una cronología, es simplemente una lectura personal de lo que significó para mí, en calidad de amante de la danza.

Sus clases de ballet son muy celebradas entre sus discípulos, quienes recuerdan sus frases y su estilo especial en el estudio, donde respiraba amor por la danza y constantemente indicaba que había que bailar, no importaba la circunstancia. A pesar de ganar un sueldo exiguo, con frecuencia rehusaba cobrar sus clases a alumnos promisorios, pues los sabía en igual o peor situación económica que la suya.

Intérprete por primera vez de muchas de las más importantes coreografías de nuestra breve historia danzaria, esos papeles parecen ahora pertenecerle a él. Las versiones posteriores serán siempre distintas y para quienes las vimos nacer en su cuerpo, en sus movimientos y en sus gestos, las versiones de Marco siempre serán un punto de referencia muy especial.

Frustrado quizás por un medio que no viajaba a la velocidad que él lo hacía, cansado de la mezquindad y la falta de reconocimiento profesional, su vida había cambiado radicalmente de dirección, ejecutando últimamente una danza existencial, profundamente personal. Amigos que ahora lo lloran incluso le habían vuelto la espalda. Pero no creo que a Marco le importara mucho eso, el problema era de ellos, habría dicho y después reiría, siempre reía.

Alejado de las tablas como intérprete, sus últimos años se centraron en una búsqueda didáctica y en la investigación coreográfica, aspecto éste último en el que incursionaba con bastante acierto; era cuestión de un poco más de tiempo. Pero no fue así y "Simón el Loco" se ha marchado con su espectáculo para otra parte donde ya no lo veremos más, aunque desde aquí derramemos una lágrima, como una forma de aplauso.